

EL DEPORTE:

Termómetro de la conciencia nacional

Hubo un día en que la Atenas vieja se congregó expectante en el ágora de la ciudad. Muy cerca, en Maratón, la Atenas joven trataba de contener el avance de los invasores persas. Al atardecer, Fidípides, joven soldado ateniense, llegó al ágora, pálido. Trastabillaba. Se detuvo un momento y con los pulmones hinchados tartamudeó: "El ejército griego ha derrotado a los persas." Después se desplomó agotado. Estaba muerto. Los atenienses guardaron silencio litúrgico ante el cadáver joven del primer "maratonista" del mundo. Y le nombraron héroe porque nunca un atleta ha sido tan portador de la conciencia nacional como cuando Fidípides recorrió los 40 kilómetros con el corazón en los pies, pensando en la alegría de sus conciudadanos.

Eso sucedió en Grecia hace ya más de dos mil años. Pero la lección es la misma. Hoy, como ayer, el Deporte es el nombre joven del espíritu nacional. Hay en cada competencia una iniciativa y un coraje que preparan al atleta para la superación diaria, para la convivencia y la aceptación de unas normas de juego. Por eso el deportista está equipado para ser mejor ciudadano.

Una nación que hace deporte vive la continua inquietud del desafío. Hay una tensión que vivifica la opinión pública y afirma su unidad.

Los africanos de Norteamérica, a medida que se van haciendo conscientes de su propia identidad, se enorgullecen de sus valores deportistas y hallan en las competencias internacionales una expresión adecuada a su afán nacional. Desde el triunfo del velocista Jesse Owens en Berlín en las olimpiadas de 1936 (ante otro pueblo que empujaba jadeante desde las profundidades del tratado de Versalles) hasta los puños levantados en el pedestal de campeones en México en 1968, estas demostraciones representan el arranque colectivo de la nación de color que marcha, radiante, hacia el logro de sí misma.

¿Despertarán la conciencia nacional?

Venezuela va a participar en los Juegos Bolivarianos. Como actora y anfitriona. No es un reto tan serio como las Olimpiadas mundiales o los Juegos Centroamericanos y del Caribe. Los atletas participantes no serán excepcionales. Por eso las competencias tendrán sabor de un brindis anticipado, un año antes de conmemorar bolivarianamente el sesquicentenario de la batalla de Carabobo.

Con todo y a pesar de lo fraternal y menos exigente del torneo de Maracaibo, Venezuela mira con preocupación esta prueba de su espíritu nacional. Hay suficientes motivos para temer. Frente a otras provocaciones a la dignidad nacional como son los litigios fronterizos a un lado y otro del país, y el reto interno de la conquista del sur y la explotación minera, Venezuela, como nación, continúa inerte e incrédula. Otra nación mejor integrada y más consciente de sí misma se hubiera erguido como un solo hombre. Por eso el problema de fondo de la mediocridad deportiva es el de ser síntoma de un aletargamiento de la conciencia nacional. El país vive un clima de distensión. La idea nacional no es operante. ¿Por qué? En el análisis de esta situación encontramos un factor de orden planetario que excede los límites del país y otros dos factores más específicamente venezolanos:

1) El UNIFORMISMO de una publicidad dirigida hacia el consumo relega a un segundo plano los valores nacionales. La producción en masa es esencialmente internacional. Productos y propaganda comercial están cortados a la misma medida. Los mismos anuncios y sus correspondientes telenovelas borran las fronteras. No es otra cultura lo que nos invade, sino algo completamente a-cultural por ser de índole convencional y efímera. La cultura, se sabe, lleva un signo de mayor permanencia. La publicidad es tan precaria como su producto. Es, sin embargo, poderosísima. Basta ver cómo ha absorbido al arte pop y al tema de las revueltas hippies, que se habían levantado en su contra.

2) El COSMOPOLISMO adopta en Venezuela ciertos rasgos distintivos debido a la fuerte emigración del decenio 1948-1958. El tiempo hasta ahora transcurrido no ha sido suficiente para integrar a poblaciones agrupadas en zonas urbanas. El espíritu nacional que dé sentido a la lucha y al trabajo todavía no ha sustituido al afán de lucha por la subsistencia.

3) La JUVENTUD tampoco se encuentra en condiciones de percibir una gran idea de nación. Algunos jóvenes están demasiado absortos en lo fascinante del momento presente y corren tras lo circunstancial con gran despreocupación del futuro y del resto del país. Otros han sentido la urgencia de actuar, pero no han logrado hacerse oír ni sus posturas desesperadas han reportado resultado alguno. Al intento de adquirir fuerza y voz en asuntos de alcance nacional ha seguido un período de desencanto, un tiempo vacío en la marcha hacia la verdadera Venezuela.

El deporte: idea-fuerza de unidad nacional

Este análisis nos lleva a pensar que es hora de tener entre nosotros una idea-fuerza nacional que oponga la cultura propia al uniformismo de la publicidad y del consumo, que acelere el proceso de integración entre el conglomerado heterogéneo de la cosmópolis, que devuelva a la juventud su fe y la haga participar en la construcción de la patria.

Creemos que una idea operativa de nación debe empezar por re-velar la realidad, que es la patria, al tiempo que precisa los contornos de su destino y despierta el espíritu colectivo que alienta hacia ese destino.

Para que la idea de nación sea motriz y realmente impulse el aprendizaje, el deporte y toda acción constructiva deben abandonar la esfera de lo abstracto y encarnarse en realidades de signo histórico y en hombres. Si además se quiere que la juventud comprenda la idea de nación, hay que traducirla al lenguaje que la juventud habla. Lo realmente propio es lo que se entiende, por lo tanto la idea-fuerza de nación tiene que ser expresada en categorías que la juventud ya haya apropiado para sí, apropiación conseguida a través de vivencias. La idea nación será inoperante mientras siga siendo una idea ajena.

La concretización de la idea de nación no ha de confundirse con las metas que a corto y mediano plazo fijan ciertos países para estimular la producción. Las cuotas de producción no son todavía la nación. Estas imposiciones venidas desde arriba humillan más al pueblo a quien se le utiliza solamente como instrumento. La misión del Estado debe ser catalizadora, debe consistir en hacer posible que viva y respire el alma del pueblo. Junto con la función de catálisis urge la acción sanitaria que purifique el ambiente donde pueda respirar el alma y la cultura popular. Mucho se ha dicho del ambiente asfixiante y deletéreo por lo artificioso y foráneo que se vive en el mundo de los medios de comunicación. Hay que purificarlo con energía.

Es enorme la tendencia en los gobiernos de grandes recursos de dirigir la cuestión cultural y deportiva. Sin embargo, la mejor política cultural y deportiva está en la labor profiláctica. Ni la cultura ni el deporte pueden imponerse desde arriba. Lo que sí puede y debe hacerse desde arriba es crear las circunstancias favorables.

Favorable ha sido, y hay que reconocerlo, la elección de Maracaibo como sede del torneo bolivariano. Esta ciudad profundamente nacional es todo un símbolo de Venezuela y y orgullo de su pueblo.